

POLICÍA LOCAL: HISTORIAS VESTIDAS DE AZUL

En las aulas de la UNaHur, los cadetes de la Policía Local reciben la formación teórica. Cinco protagonistas cuentan sus historias

Martín Piqué

Periodista. Escribe en el diario Tiempo Argentino. Conduce el programa "Vayan a laburar" en las madrugadas de la AM 750. Trabajó en Página/12 y ejerció la docencia en nivel secundario, polimodal y para adultos.

Y a están caminando las calles de Hurlingham, algunas veces de a dos, en otras ocasiones de a tres. Una ojeada rápida alcanza para distinguirlos. Boina, borcegos, pantalón de fajina, chaleco antibala. Y todo ornamentado con un color celeste bastante chillón que, combinado con el humor popular, hizo nacer el mote de 'pitufos'. Son los miembros de la Policía Local. Tras seis meses de preparación, los cadetes pasan a ser efectivos. Reciben su nombramiento en la Escuela Juan Vucetich, en las afueras de La Plata. Les entregan "los elementos provistos": el uniforme, la pistola 9 milímetros marca Bersa, una credencial de plástico que los identifica como parte de la familia policial. Empiezan a cobrar su sueldo. Y el municipio en el que viven -tanto ellos como sus familias- recibe así una nueva camada de egresados reconvertidos en agentes "de proximidad". Su misión es la prevención, contribuir a la seguridad desde el rol más básico. Ser el peón del tablero. Ojos que patrullan en la cuadrícula asignada. La versión 2.0 de aquella tradición del policía del barrio que cumplía con su 'consigna' parado en la esquina.

Derecho de la comunidad que debe garantizar el Estado, la seguridad es un bien público que atraviesa varias dimensiones. Con ese concepto puede entenderse la inexistencia de delitos, o la prevención y represión de las acciones que violan el Código Penal. Pero seguridad también es tener la posibilidad de planificar la vida económica y la atención sanitaria de la familia propia, como también acceder a un salario digno, estabilidad laboral y certeza de una jubilación. Sobre todo en un contexto en el que regresa, amenazante, el fantasma del desempleo. Esa incertidumbre está en las antípodas de la seguridad.



¿Qué es lo que lleva a un joven argentino menor de 30 años a inscribirse en el centro de capacitación de la Policía Local correspondiente a su municipio? ¿Por qué arriesgarse a una labor que implica objetivamente un riesgo?

La formación y el rigor

María Belén Beloni, Anahí Miño, Verónica Gareca, Alejandro Márquez y Matías Zapata son cinco de los cuarenta cadetes que completaron el ciclo de formación iniciado en abril de 2016.

Los seis meses de formación, que suelen prolongarse por trámites administrativos, organizan la vida con una rutina semanal bastante establecida. Por las mañanas, en la academia que la Bonaerense tiene en el partido de Hurlingham, recibían el entrenamiento físico, de defensa personal y de ‘operaciones policiales’. Por las tardes, en las aulas de UNaHur, cursaban las clases teóricas. En el polígono de tiro se ejercitaban con las dos armas reglamentarias de la Policía local: Bersa automática 9 milímetros y escopeta Maverick 12/70. “Son cuatro horas. Se practica puntería, precisión, arme y desarme. Y también con escopeta. Son las Maverick, que tienen el mismo corte que una Itaka”, detalla Zapata. “La escopeta se utiliza si hay disturbios o cuando se hacen controles vehiculares”, completa Márquez. Las clases teóricas se cursaban en las aulas de la UNaHur, en el predio de la calle Origone 151, donde hasta 2013 funcionaba la fábrica de embutidos Tres Cruces, Molinos Río de la Plata. “La instrucción es muy intensa. A la mañana teníamos todo campo y a la tarde íbamos a la universidad, y era todo leyes. A muchos nos sorprendió. Nunca pensé que íbamos a ir a una universidad”, revela Zapata.

Algunos con hijos, otros no, los cinco agentes egresados reconocen que la garantía de conseguir un empleo estable, registrado, con obra social, jugó un papel importante en la decisión personal de inscribirse para la Policía Local. “Si hacés las cosas bien, si trabajás, tenés obra social, estás en blanco y sabés que al final de la carrera vas a tener una jubilación”, sopesa Márquez. “El sueldo básico de un integrante de la nueva fuerza es de 14 o 15 mil pesos”, comenta Gareca. “Yo no sé si ahora no viene un aumento o algo así”, acota Miño. “Vos vas a escuchar que acá se entra por la plata y no es así”, aclara por las dudas Márquez.

Entre toda la legislación que estudiaron se encuentra el Código Penal, que en su artículo 34 establece los criterios de uso proporcional y racional de la fuerza con los que deben manejarse los funcionarios policiales, al

actuar frente a un delito. También la ley de Seguridad Interior (24.059), en su artículo 22, instituye la proporcionalidad en la respuesta como parámetro de acción a adoptar: “A nosotros, más que nada, nos preparan para no utilizar el arma. Mejor dicho, para que sea el último recurso. Que hayan otros medios antes de recurrir al arma”, dice Márquez.

“Es el artículo 34. El que establece que el arma es para repeler o impedir una agresión. Y que la respuesta debe ser por los mismos medios. Si es un ataque físico, debo responder físicamente. Si me atacan con armas de fuego con el arma”, se luce Zapata.

Llevar encima un arma reglamentaria no es una experiencia cualquiera, sobre todo si la facilitó el Estado. “Una vez que usaste el arma ya está. No hay vuelta atrás. Como avisan los instructores: una vez que salió la munición no tenés manera de retroceder el tiempo. Por eso, tenés que estar muy seguro si lo hacés. Tener cuidado de no lastimar a terceras personas, si estás en el espacio público. A nosotros nos capacitan para eso, para saber cuándo efectuar el disparo”, asegura Márquez. “Que tengas un arma no te hace más que otro. Aparte, nosotros no la utilizamos como primer recurso. Es el último recurso. El primer recurso es la persuasión verbal”, redondea Miño, quien lleva el cabello recogido elegantemente en un rodete, como todas las agentes femeninas de la Policía Local. Las mujeres que actúan en la fuerza, portan pistolas 9 mm pero con el puño más pequeño, adaptadas –se supone– a manos de menor tamaño.

A los cadetes de la Policía se los ejercita para lidiar con provocaciones e insultos.

“El día de mañana vos vas a estar en la calle y vas a tener a una persona que te esté gritando, que te esté insultando, y uno tiene que saber calmarse, no reaccionar”, justifica Beloni. “Cuando yo les cuento a mis familiares, me dicen que ellos, en mi lugar, ante determinados momentos, se irían, o insultarían. Pero adentro vos te das cuenta que no todo se arregla con eso: a veces hay que callarse cuando uno tiene razón”, reflexiona.

Como en las películas, el entrenamiento incluye ejercicios que los llevan hasta el límite de las fuerzas, o al umbral del dolor. Otras veces se los castiga con una nueva ronda de desafíos físicos. En la jerga de la policía, en la tradición del ‘baile’ de la colimba, a esa acción se la conoce por el verbo ‘ejecutar’. “No es lo mismo correr media hora que estén 40 minutos ejecutándote, como se dice. Porque estás corriendo, de repente te ordenan tirarte al piso, de repente te parás, de repente flexiones... y así millones de cosas, las cosas que se te puedan ocurrir”, cuenta Márquez, enigmático.

El ritual del derecho de piso, el debut en la academia, tiene también su ferocidad. “En el primer día había llovido -rememora Miño- y nos hicieron la milanesa. Horrible. Como nos habían pedido silencio dos veces, al terminar de comer nos hicieron tirarnos al barro y dar vueltas sin parar”.

En la intimidad

Beloni es madre de dos hijas: Keila y Jazmín. Zapata oculta un tatuaje en su antebrazo, hasta hace unos años jugaba al básquet: Hurlingham primero, Deportivo Morón después. Gareca lleva con gracia y humor algún kilo de sobrepeso. Márquez se separó durante el período de instrucción: “Ingresé acá estando en pareja y fueron dos semanas en las que la otra persona no entendía. Pero si no lo entendía en ese momento no lo iba a entender nunca. Porque vos, en las últimas horas de la jornada, te cruzás con un robo, con un operativo, y por ahí te tenés que quedar hasta las 4 o 5 de la mañana”, explica. Miño cuenta que desde que está “adentro” (primero como cadete, luego como agente) dejó de ver a amistades de otras épocas. “Hace un montón que no veo a mis amigos. Por el estudio medio que me fui apartando de ellos”, cuenta. “No hay nada más lindo como que tus hijos te miren con esos ojitos y digan, con orgullo: ‘Mamá es policía’”, relata Beloni. Miño asiente y comparte su propia anécdota: “Capaz que cuando llego a casa mi hija me dice: ‘¿y cuántos tiros tiraste hoy?’ Es hermoso, hermoso.”

El miedo y la calle

La cuestión del miedo es todo un tema. Dicen no tener miedo por ellos mismos. Parecen tomar con naturalidad el riesgo latente de recibir un disparo. El miedo que sí reconocen y exteriorizan se deriva de una de las particularidades de la Policía Local: los agentes ejercen su tarea en la misma jurisdicción en la que viven. “Desde el punto de vista de que vamos a trabajar acá en la zona, eso sí me da un poco de miedo. El miedo a que el delincuente sea de la misma localidad en la que reside tu familia”, se confiesa Zapata.

Egresados de la academia de la Policía Local de Hurlingham, Beloni, Miño, Gareca, Márquez y Zapata escuchan con serenidad y sin muestras de nerviosismo las preguntas sobre violencia institucional, sobre el caso de Luciano Arruga y el antecedente de algunos sectores de la Policía Bonaerense que reclutaban menores de barrios pobres para obligarlos a delinquir.

“Acá todo esto es muy nuevo. No está tan manchado, tan contaminado. Hay gente que se recibió hace un año y medio y está a cargo nuestro. Somos todos casi de la misma edad”, diferencia Márquez.

Vecinos del partido de Hurlingham, los cinco agentes mencionan casos recientes que sacudieron al municipio, como el asesinato de Facundo Barreto por demorarse en estacionar un camión, o el episodio que protagonizó el adolescente Maximiliano Hermosilla, quien le robó el auto al padre y, alcoholizado, atropelló y mató a un niño de un año y medio que jugaba en la vereda. “A pesar de que últimamente vienen pasando cosas, Hurlingham es un municipio bastante tranquilo en comparación con otros. Está todo bastante cerca y sabés a la gente que te vas a cruzar: ya tenés un panorama”, concluye Márquez. “Es una especie de fusión entre la ciudad y el campo”, resume Zapata. Tras los seis meses de instrucción, los cinco policías que se conocieron haciendo flexiones de brazos ya están de servicio y en la calle.

Sobre el terreno aprendieron a familiarizarse con palabras como ‘buche’, ‘tira’, ‘gorra’, ‘vigilante’, ‘rati’. “A mí, más que cualquier otra cosa, me molesta el apodo popular ‘pitufos’. Me molesta que me digan eso, esa palabra me choca”, reconoce Márquez y sonríe con aire despreocupado. ■

**Por las mañanas,
en la academia que
la Bonaerense tiene
en el partido de
Hurlingham, recibían el
entrenamiento físico,
de defensa personal y de
‘operaciones policiales’.
Por las tardes, en las aulas
de la UNaHur, cursaban
las clases teóricas**

Agradecimientos:

Mis gracias totales para Emanuel Rubio, sin cuya colaboración y trabajo de campo habría sido imposible realizar esta nota. También va mi agradecimiento para los cinco protagonistas azules de esta historia: María Belén Beloni, Anahí Miño, Verónica Garece, Alejandro Márquez y Matías Zapata